

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

## MADRID

Pesetas.

Mes. . . . .	1
Trimestre. . . . .	2,50
Semestre. . . . .	5
Año. . . . .	10

## PROVINCIAS

Tres meses. . . . .	8
Seis. . . . .	5,50
Año. . . . .	10
Extranjero y Ultramar. . . . .	5 pesos.

## CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN. . . . .	2,50
Idem del SUPLEMENTO. . . . .	0,75

## NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

## NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

## PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

## EL CURA DESPREOCUPADO

El tipo que voy á presentar á ustedes es algo extravagante, pero es real. Se diferencia mucho del cura calavera, que ya conocen mis lectores, y del cura liberal, que pienso bosquejar en breve.

El personaje á que me refiero es de lo menos malo del gremio eclesiástico candoroso; libre en sus actos, sería simpático á la sociedad si no hubiera tenido la debilidad de admitir las órdenes sagradas.

De cómo trabé amistad con D. Vicente, cosa es que merece explicación, para que mis lectores me dispensen la fragilidad que cometí entablando relaciones con un cura.

En Logroño tomé billete de tercera y me colé en el vagón con dirección á Madrid.

En mi departamento iban hasta doce personas de distinto rango y diversa categoría.

Una carnicera residente en Lavapiés, gordita ella, coloradita ella y ella desahogada, hasta el punto de que á cualquier ciudadano le mandaba á freír espárragos con la mayor frescura; una viuda, un caballero cesante, un primer actor que debutó en Canillejas, una niña que necesitaba novio, un novio que necesitaba niña... en fin, muchos personajes con diversas aspiraciones.

Pero el que más me llamó la atención fué un caballero carirredondo, coloradote, de luengas narices, que se alargaban... se alargaban hasta parecer que intentaban contarle un cuento á la barbilla. Vestía á usanza de las personas decentes; pero usaba un azulado alzacuello, que desde luego me hizo comprender que era cura.

Y lo más raro del caso era que aquel prójimo era un *barbián*, mejorando. Echaba piropos á las chicas, soltaba interjecciones de carretero y se traía la doble bota, bien repleta de vino, por supuesto.

Con intención de mortificarle, anuncié que iba á tocar la guitarra y á cantarme alguna cosa, para lo cual le pedí permiso, rogándole me dispensara.

—¿Qué perdón ni qué berenginales!—me dijo el clérigo.—¿Si precisamente me gusta el canto *jondo* como al que más!

—¿Pues entonces nos parecemos como una gota á otra gota! Yo me tocaré y usted se cantará, y pasaremos el viaje divertidos.

—¿Que me place!—dijo el *curiano*.—Esa *prima* se temple con el *cuarto*. Suba usted un poco la *tercera*. Ese *bordón* está muy flojo... ¡Ajajá... venga de ahí!

Y el cura tiró la colilla, escupió, se llevó el pañuelo á la nariz y se arrancó por esta copla:

Ni tu padre ni tu madre,  
ni San Antonio bendito,  
me pueden á mí quitar  
que yo te quiera un poquito.

—¿Pero, padre!—díjale yo.—¿No le parece á usted un poco irreverente la copla?

—Pues ¿qué te has creído, que Dios está siempre dispuesto á oír las majaderías que le contamos los mortales?

Llegamos á Madrid; el presbítero me dió una tarjeta que decía:

PEDRO REGALADO GÓMEZ

PRESBITERO

Atocha, número...

Pasaron dos meses, tres. ¡Dios sabe cuánto tiempo transcurrió sin que yo volviese á ver á mi compañero de viaje!

Una mañana que pasaba yo por la calle de Espoz y Mina, hube de fijarme en un vendedor de melones y sandías, con el cual discutía un cura acerca del precio de uno de aquellos vegetales.

Era D. Pedro. Acerquéme á él y le dije:

—¿Hola, D. Pedro! ¿Andamos comprando melones?

—¿Pues no ves—me respondió—este prójimo, que me pide dos pesetas por esta sandía?

—Carillo me parece... En fin, arréglense ustedes.

—Seis reales son para usted si la quiere—dijo el vendedor.

—Los seis reales serán para usted si me conviene—dijo el cura.

Y ello fué que se arreglaron y el *pater* pescó su sandía, satisfizo su importe, y echó á andar con ella bajo el brazo derecho, con toda la tiesura y gravedad que le menester un presbítero.

—¿Vente á mi casa!—me dijo.—Allí nos la vamos á comer entre los dos.

—¿Como usted quiera!

—¿Tonto! ¿Te crees que para esto sólo te convoqué? ¡Pues si hay unas magras en casa! ¡Y aquella María tiene una gracia para aderezarlas! Vente, que no lo pasarás mal.

Y aquel sacerdote tan alegre, tan franco, tan expansivo, tomó al llegar á su casa un aspecto tan grave, tan meditabundo, que me hizo dudar de si el presbítero á quien acompañaba era el mismo que había conocido en el ferrocarril.

Besóle la mano el hijo de la portera, y mi buen cura se limitó á decir:

—¿Anda, hipócrita! ¡Para jesuita no tenías precio! ¡Si ya sé que no me besas la mano por mí, sino por el caramelo que te doy siempre! ¡Toma y vete!

En el piso segundo se detuvo D. Pedro ante una puerta que hacía frente á la escalera. Tiró de la campanilla y una voz mujeril preguntó:

—¿Quién es?

—¿Yo!—respondió gravemente mi amigo.

Se abrió la puerta y apareció una mujer bonita, joven, es decir, digna de ser ama de cura.

Morena, sonrosadas las mejillas, negros los ojos, perfilada graciosamente la nariz, pequeña la boca, redonda la barba, de buena estatura y un cierto donaire que á cualquiera inspiraba la perversa idea de jugarle una mala partida á D. Pedro.

—¿Jesús!—dijo.—¿Vaya una sandía que trae usted!

—Te advierto que el señor es de confianza y que no se asustará de ver que nos tuteamos.

—¿Quiá, no, señor! Si eso es corriente.

—Tráete un plato y un cuchillo—dijo al ama.

Y penetramos en la sala, y el presbítero se arrellanó en el sofá, y entonces noté que D. Pedro, aprovechando la circunstancia de ser verano, prescindía del uso de los pantalones y andaba en calzoncillos para mayor comodidad y frescura.

—¿Pero, D. Pedro!—díjale.—¿Cómo es eso que anda usted tan á la ligera?

—¿Calla, hombre! Con la sotana ¿quién se entra de esas cosas? Y ande yo fresco, que ya sé lo que me pesco.

Trajo la doméstica el plato y el cuchillo, y en menos de media hora dimos digno remate á la sandía.

Comimos luego bien; bebimos mejor; fumamos unos excelentes vegueros, y tan obsequioso anduvo el presbítero conmigo, que me creí obligado á convidarle al café y al teatro, convites que aceptó con la mejor buena fe.

—Conque ¿adónde vamos?

—Donde quieras.

—Buscaremos un café en sitio retirado... porque su profesión...

—¿Sabes que eres tonto de verdad? Aunque EL MOTIN diga lo contrario, los curas somos personas y yo alterno con cualquiera. ¿Piensas que esos farsantes que se visten con capa de santidad son mejores que yo? No lo creas. Sin que sea alabarme, he sostenido á mi madre en sus últimos años sacrificándome... ¿qué digo? procurando pagarle una ínfima parte de tanto y tanto sacrificio como hizo por mí. Ha muerto... Nada espero ya de este mundo... ¡Mi ama! Cuando lo tenga por conveniente, la casaré con un sacristán de la parroquia, y ancha Castilla. Aquí hay *cante flamenco*. ¿Entramos?

—Sí, señor; pero...

—¿Qué pero ni qué camueso!... Adelante.

—¿Sabes que esa chica *se baila* bien?

—No lo hace mal... Pero ahora caigo en la cuenta de que, entretenidos aquí, hemos dejado pasar la hora del teatro. Son las doce menos cinco.

—¿Mozo! ¡mozo! Trae las medias copas que te hemos pedido, al vuelo... ¿Has oído? ¡Muévete, hombre! Ya no traigas la mía, son las doce.



—Pero ¿qué es eso, D. Pedro? ¿Qué escrúpulos son esos?

—No son escrúpulos. Es un deber que mi conciencia me impone. Yo vivo del altar, y mis deberes me exigen que no coma ni beba después de las doce. Es una obligación del oficio. Por ahí verás muchos mamarrachos que se creen dignos de la aureola de los Santos porque tienen el don de saber fingir y embaucar á las gentes... pero son unos miserables. ¡Cuántos, cuántos de ellos cambiarían su conciencia por la de uno de los que ellos irónicamente llaman *un cura des- preocupado!*

JOAQUÍN G. LOSADA.

## FUNCIÓN RELIGIOSA

Unos más, otros menos, todos los pueblos rinden tributo á su Patrono; pero ninguno, absolutamente ninguno, echa la pata á Benaocaz en cuanto á eso.

San Blas bendito, que es el suyo, celébrase allí con gran alegría el 3 de Febrero.

Este día se desviven aquellas buenas gentes, llevándole en abundancia leche, morcillas y otros regalillos, que más tarde el cura consume ó vende á un precio más crecido de lo regular. Se cargan las escopetas, se disparan al Santo cuando sale en procesión, si no lo hacen á los individuos que con cencerros, matracas y otros instrumentos ruidosos acuden de los pueblos inmediatos á darle *vaya*, y toman cada *jumera* de aguardiente que el Verbo tiritita.

Ciertamente que el Patrono lo merece por sus milagros. Echa presos de la cárcel, abre agujeros en el templo para que le dé el sol, y hace parir felizmente á las hembras, aun de los animales.

Así es que le quieren entrañablemente, y nadie dude de la veracidad de sus milagros ni le ofenda en lo más mínimo, si desea librar sus carrillos de un jubileo de bofetadas.

Hace una porción de años, en el día en cuestión emprendí la marcha por vez primera desde mi pueblo al de Benaocaz, en unión de tres compañeros de mi edad, con el objeto de ver tan célebre Santo.

Como solamente conocía á éste por la fama de milagroso que tenía adquirida por aquellos contornos, creían mis deseos de llegar al pueblo y admirar al Santo á mi entera satisfacción.

Caminaba por aquellos caminos frágiles, sólo pensando en el dichoso momento de verle, sin hacer maldito el caso de mis doloridas pantorrillas, cuando de repente uno de mis compañeros, señalando á un promontorio negruzco de donde salía mucho humo, exclamó:

—¡Aquél es Benaocaz! ¿Oís las campanas?

—Sí; andemos de prisa, que va á salir la procesión —dijo otro.

—¡Escuchad los tiros que disparan de alegría al Santo! —añadió.

—¡Ah! —contesté, rebotándome el gozo en el cuerpo.— ¡Vamos más de prisa!

Rendidos de cansancio, llenos de sudor, llegamos por fin al término de nuestro viaje.

Tras de largas carreras por calles y plazas, tropezando con éste, atropellando á este otro, dimos al cabo en la calle por donde iba la procesión; y, ¡oh felicidad!, entre numerosos borrachos que á trompada limpia se disputaban el honor de llevar á San Blas á cuestras, venía éste oscilando sobre unas desvencijadas andas, vestido de chaqueta y sombrero de alas anchas, que los mozos del pueblo le habían colocado sobre sus ropas pastorales. Multitud de morcillas pendían de sus brazos, y, como si esto no fuera rendirle bastante tributo, le habían cargado de tan enormes alforjas que, si un compañero no me desengañaba, tomo al Santo por un acomodado comerciante de embutidos.

Por entre la multitud de criaturas que refán, peleaban y blasfemaban á un tiempo alrededor del Santo, venía un *curda*, quien, dirigiéndose é interrumpiendo el paso á los cuatro mozos que

conducían al Patrón, dijo como pudiera hacerlo un bravo militar:

—¡Alto allá!... ¿Adónde lleváis al hombre?

—¿No lo sabes?... —contestó uno de los interpelados.— A la taberna de la tía Frasquita ahora, y á la cárcel luégo.

—¡No!... Primeramente á la cárcel —objetó el *curdón*. — Es menester echar á la calle á Juan el de la *burra*, á quien han preso esta mañana los civiles.

—¡Luégo, hombre, luégo! —contestó otro.— Déjanos el paso libre, que San Blas va pesando demasiado.

—He dicho que viene primero á hacer el milagro, y viene. Si no, le quito la docena de morcillas que le regalé esta mañana.

—¡Vamos á ver! ¿Qué es eso? —dijo interviniendo el párroco. — Para quitar, aquí estoy yo.

—Bueno; pues que venga el Santo á echar á Juan el de la *burra* y...

—¡Aquí no hay más *burra* ni mas burro que yo! —le respondió el *pater* señalándose las venas del pescuezo. — Y en cuanto á las morcillas, si las quieres, te cuestan á duro, ¿lo entiendes? Conque, apártate á un lado —prosiguió dando un empujón al borracho, quien, después de tambalearse, acabó por dar con las costillas en el suelo.

—¡Te cayó que hacer, avechucho de Barrabás! —exclamó con rabia el émulo de Baco, haciendo esfuerzos inauditos por levantarse y buscando entre la muchedumbre una cara amiga. — ¡Si rebuznas más en lo que me resta de vida que me... emplumen! ¡Sebastianillo!... ¡Blasillo! —añadió notando que se acercaban dos parientes suyos.

Pero ya Sebastianillo y Blasillo se habían enterado de lo ocurrido, y, rompiendo filas y repartiéndose estacazos á diestro y siniestro, consiguieron que la función se agudara de tal manera, que hubo necesidad de recoger la procesión más que de prisa.

Tal gresca armaron unos y otros, que, cuando la batalla quedó terminada, los comerciantes en chucherías se lamentaban de que su mercadería les había sido robada, y los aguadores contemplaban tristemente sus cántaros hechos añicos.

Las beatas se escandalizaron, y las autoridades buscaban en vano á los autores del escándalo.

El párroco, colérico, irritado y rabioso como un lobeño, subió al púlpito á arengar á su auditorio y á excomulgar á los sacrilegos.

Comenzó llamando á todo el mundo burro, animal y zopenco, porque no habían hecho trizas á los que quisieron pegarle, y, harto ya de insultar y de decir majaderías á su sabor, concluyó diciendo:

—Es necesario, amados hermanos, que á San Blas se desagravie de las injurias recibidas en su sagrado *paseo*. Para ello, conviene que el día presente quede borrado de la memoria de los creyentes, y que, como si no hubiese pasado, volváis mañana llenos de fe católica, que el Santo os perdonará, si nuevamente venís á ofrecerle vuestros presentes, corderos, morcillas...

—¡Que te echen la municipal, mamarracho! —gritó una voz, en la que reconocí al borracho de marras.

—¡Lengua sacrilega!... ¡Chispón de mil demonios!... ¡Muera ese impío, ese hereje, ese hijo de... Satanás! —gritó el párroco fuera de sí.

—¡Muera! —contestaron multitud de voces.

Y como se trataba de morir, y no estaba por eso, pesqué la puerta del templo, y en cuatro horas no paré de correr, hasta llegar á mi pueblo, haciendo firme propósito de no volver á Benaocaz hasta tanto que no se destierre función tan bárbara, aunque, como ustedes pueden ver, reconocidamente religiosa.

JOSÉ TINEO REBOLLEDO.

## ESTIMANDO

Del notabilísimo artículo firmado por *Demófilo* en *Las Dominicales*, al cual nos referimos

en el romance del número del domingo último, copiamos los siguientes párrafos:

«Desde que la revolución de Septiembre, apellidada gloriosa por algunos de los que militan en los partidos conservadores, proclamó la libertad del pensamiento, hay aquí una corriente cada vez más acentuada contra la tutela que viene ejerciendo secularmente sobre la patria el catolicismo.

«Esa corriente la han condensado en particular dos publicaciones: *El Motín* y *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Aquella encamina especialmente sus ataques á los vicios del Clero, ésta á los fundamentos de todas las religiones positivas.

«Es preciso no haber abierto la Historia para asombrarse de lo que escribe *El Motín*. ¿Qué hace este periódico, sino repetir lo que han hecho papas, concilios y reyes? ¿Es de hoy la inmensa corrupción del Clero? ¿No se han visto precisados los reyes á legitimar sus hijos? ¿No se recuerda que el gran Papa, el tan loado de los católicos, Gregorio VII, pedía á Dios que le abreviase la vida por no presenciar la horrible corrupción de que eran presa obispos, clérigos y monjes?

«*El Motín* no hace, pues, sino continuar las tradiciones de todos aquellos que se han interesado en defender la sociedad de los horrores á que la expone el absurdo celibato del Clero. *El Motín* defiende nuestras esposas y nuestras hijas de las asechanzas del clericalismo. Con su gracejo característico dice una gran verdad: ayuda á los buenos clérigos á que perseveren y á los malos á que se corrijan. Los obispos crapulosos no temieron tanto á Gregorio VII como los clérigos crapulosos temen á *El Motín*. Es la conciencia pública alerta y vigilante para acaecer y castigar los desmanes del Clero. No hay que decir que abulta y desfigura las cosas: jamás acusa sin citar nombres propios. ¿No es verdad lo que escribe? Ahí están los Tribunales para decidirlo: el Senado no tiene autoridad en el asunto.

«¿Es verdad lo que escribe? Presta entonces un servicio indubitable á la sociedad, porque contiene y refrena los vicios del Clero.

«Tan es verdad lo que escribe, que sólo alguna vez se le ha denunciado, y será una rara excepción si ha llegado á condenársele. Ahora bien, si se tiene presente que los abusos que denuncia han llegado á ser tantos, que se ha visto precisado á publicar un número extraordinario semanal con este exclusivo objeto, puede hacerse cargo el Senado de la profundidad de la llaga clerical.

«¿Qué es, pues, lo que se pretende, cubrir con un manto de legalidad los vicios del Clero? ¿Dar carta blanca á los clérigos para entregarse á sus pasiones? Los hombres honrados no deben espantarse de lo que escriba *El Motín*, sino de lo que hacen los clérigos. No al periódico, sino á los vicios que ridiculiza, es á quien importa perseguir.

«Antes bien, yo me atrevería á proponer que se mermara una buena suma del presupuesto del Clero para regalarla á *El Motín*, en prueba de agradecimiento nacional por su celo y vigilancia en la persecución de tan repugnantes vicios; pues puede darse por seguro que entre todos los obispos de España no se hace tanto por contener las pasiones del Clero como hace por sí solo *El Motín*. Digo esto con entera sinceridad é inspirado en un sentimiento de verdadera justicia distributiva. ¿Paga el país á quien hace lo menos? Que pague á quien hace lo más.

«¿Queréis que *El Motín* no escriba sueltos como el que ha leído al Senado el señor conde de Canga-Argüelles? En vuestra mano está: suprimid el celibato del Clero, persuadidos de que ese celibato es contrario, no sólo á las leyes naturales, sino al Evangelio, y una prueba elocuente es su supresión en los países protestantes en cuanto han querido vivir el Evangelio. Mientras haya torpes gobiernos que no defiendan la moralidad del país, éste proveerá á ello sosteniendo publicaciones tan necesarias y bien escritas como *El Motín*; mientras la institución del celibato sea mantenida por el Gobierno, la sociedad costeará á *El Motín*, que va cobrando la fuerza y la estabilidad de una verdadera institución de la Iglesia.

«Precisamente *El Motín* es un testimonio patente de los beneficios de la libertad. Sin subvenciones del Gobierno, sin el aparato de jueces, cárceles y tribunales, por la sola libre acción social, se ha creado ese órgano de publicidad, que ha adquirido una fuerza tal represiva, que no hubo jamás autoridad canónica más eficaz ni más temida de los clérigos.

«Desde luégo queda establecido como una verdad evidente que la campaña de *El Motín* es extraña y ajena á la autoridad del Senado. ¿Es verdad lo que escribe? Pues hace un inmenso beneficio social. ¿No es verdad? Ahí están los Tribunales para condenarle».



Para que no se nos tache de andar poniendo en práctica la conocida redondilla de los compadres, que se elogiaban mutuamente, callamos por hoy lo mucho bueno que se nos ocurre decir de *Las Dominicales* y de su gran influencia en la cultura de este país.

Mas permítanos el querido amigo y compañero *Demófilo*, que le demos las gracias más expresivas por las frases encomiásticas que nos dirige y la justicia con que nos trata.

## R I M A

Como en un libro abierto  
Leo, *curiana*, tu lascivo fondo.  
Se te fué el ama, y finges  
Sonrisas que desmienten con los ojos.  
¡Llora! ¡No te avergüences!  
También mi amor déjeme triste y solo.  
¡Llora! Nadie nos mira.  
Ya ves, yo soy un hombre... ¡y también lloro!

## MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Flor tropical:

Además de haber legado á los habitantes de las Repúblicas hispano-americanas nuestra religión y nuestro idioma, también les hemos dejado la simiente de los malos curas, plantas que se cultivan por aquellos países divinamente.

Allá va un ejemplo de hortaliza sagrada:

Cerca de Mérida de Yucatán (Méjico) hay un *parroquidermo* de lo más templado que se ha visto, no tan sólo en aquellos contornos yucatecos, sino en toda la República.

¡Se trabaja cada *pítima* y se trastea cada moza!

Una noche fueron á buscarle para que diese la puntilla á una enferma; fueron á la iglesia y no le encontraron; á la casa parroquial, y tampoco dieron con él.

—¿Dónde estará el cura?—se preguntaban.

Una vecina oficiosa dijo que el *cuervo* había salido con una *junera* como un templo, y que si querían encontrarle fuesen á casa de una jamona de buen ver, con quien el *curiana* tiene íntimo y frecuente trato.

Los cazadores del cura fueron á la referida casa, llamaron, y salió el *pater* sin sotana, sin bonete, sin alzacuello, pero con una magnífica botella en la mano y una magnífica *curda* en el cuerpo.

En el interior se veía una robusta matrona tendida muellemente en una hamaca, y luciendo las galas de la madre Eva.

Después de mucho refunfuñar, y alumbrado por el brillo de unas cuantas monedas de oro, cerró la puerta y dijo que le esperasen en la calle mientras se ponía los trapos del oficio.

Entróse el buen *pater*, y los que le esperaban oyeron algo así como

Rumor de besos y batir de alas.

Por fin salió el *parroquán* ataviado, y á cambio de los auxilios espirituales que iba á llevar á la enferma tuvieron que auxiliarle á él, porque de tal calibre era la *mona*, que apenas podía andar, y hubo necesidad de llevarle casi en brazos.

Una vez en la casa donde estaba la moribunda, el esposo de ésta (que no lo era canónicamente) le dejó á solas con la enferma para que la confesara, y al poco rato le dió la *mona* al *cuervo* por que había de hacer la boda en aquel mismo instante; pero así, de golpe y porrazo. El dueño de la casa se opuso, y entonces el cura le llamó hereje, y el otro le llamó borracho, y, ofendido el *curiana* porque le dijeran la verdad, sacó un verduguillo para pegar á su ofensor; pero éste trincó una estaca y dió con ella al tonsurado más golpes que flores tiene el Abril, dejándole tan malparado, que hubo que llamar á un médico para que le asistiese.

El Galeno se limitó á recetar *álcali volátil*, con lo cual se dispuso la presbiterial *junera*; merced á lo cual pudo aletear el *grajo*, que continuará seguramente rindiendo culto á los dioses paganos Baco y Venus.

Los hombres políticos más significados de Italia y los cardenales han recibido un documento anónimo, impreso, según se dice, en la tipografía del Vaticano.

En este documento se formulan las cuatro bases siguientes para un arreglo entre el Papa y el Gobierno italiano:

1.<sup>a</sup> Italia cede al Papa, en plena soberanía, la ciudad de Leonina y una zona de terreno que avanza hasta el mar.

2.<sup>a</sup> Italia, en caso de guerra, podrá ocupar los dominios pontificios.

3.<sup>a</sup> El Gobierno italiano imprimirá á su policía un sentido más favorable á la religión.

4.<sup>a</sup> La subvención que se da al Papa será doblada y se elevará á la suma de quinientas mil liras cada mes.

Parece que León XIII está de acuerdo con estas bases. (¡Ya lo creo!)

En cuanto al autor del documento, á coz de presbítero se conoce que calza babuchas con hebilla, sobre todo en la habilidad con que sabe postular ochavos.

Y á propósito: un caballero cesante crónico, á quien trató á bastante distancia por temor al *sable*, me ha remitido el siguiente documento:

Condiciones en que admitiría una conciliación con el Gobierno de la nación española:

1.<sup>a</sup> El Estado concede á D. Ambrosio N., en plena propiedad y soberanía, un bodegón con vistas al Manzanares y una extensión de tierra que avanza hasta el mismo, para poderse dedicar á la pesca en sus ratos de ocio (que son muchos).

2.<sup>a</sup> En caso de motín de lavanderas, tendrá la autoridad derecho á invadir toda la casa (excepto la despensa), si tuviera por conveniente ocuparla como punto estratégico.

3.<sup>a</sup> El Gobierno podrá seguir la política que le dé la gana, con tal de que á mí no me falte la manducatoria; coma yo y ayune Pedro y ande yo caliente... etc.

4.<sup>a</sup> Me resignaría con una subvención mensual de cien duros: cincuenta con destino á mis necesidades, y otros cincuenta para ir zanjando algunas cuestiones de honor que tengo pendientes con las patronas y con varios amigos, á quienes adeudo *piquillos* más largos que el de Tenerife.

En un coche de tercera de la línea de San Juan de las Abadesas tomaron asiento en Granollers varios amigos que acompañaban á una señora, y ocuparon uno de los departamentos en que está dividido el coche. Como en aquel departamento no iban más viajeros que ellos, entablaron conversación íntima, sin cuidarse de que nadie se entretuviera en escucharla. Engolfados en el diálogo, á uno de ellos debió escapársele algún concepto referente á Dios, que no sonó bien á las orejas de un *curacémila* que iba en el departamento inmediato.

Lleno de cólera divina levantóse el *grajo* de su asiento, y encendidos los ojos en ira, mordiéndose los labios de coraje, hecho una fiera, asomó la gaita y los brazos por la baranda que los separaba, y con la mano de cobrar misas blandía un cuchillo de anilla morrocotudo... ¡Ni Moisés cuando bajó del Sinaí armado de *charrasca*, dispuesto á sacrificar á los adoradores del becerro!

Les lanzó la *mar* de impropiedades, les provocó diciendo que él sólo bastaba para encenderles el pelo á todos, que ya era tiempo de que surgiesen adalides valerosos como él y otros compañeros suyos que anduvieron por las matas para defender á Dios y su religión sacrosanta, y tan dispuesto estaba el *curaza* á darle una *mojá* á cualquiera, que los agredidos creyeron prudente callarse, y en la próxima estación dieron aviso de lo ocurrido á la Guardia Civil, que hizo apearse al batallador, decomisándole el cuchillo, y presentando el arma y el guerrero al juez municipal, quien le recibió indagatoria y le envió custodiado por dos carabineros al Juzgado de Instrucción correspondiente que entiende en el asunto.

Esta es la versión que de público se refiere; se espera el fallo del Juzgado para conocer la verdad exacta del asunto.

El *curio* autor de la hazaña es un tal Pepe, chico de provecho y aun de *beneficio* en Vich.

Dirá Carlos *Chapa* cuando sepa la noticia: ¡Aún no han perdido los bríos esos valientes de la tierra del salchichón!

En el pueblo de Alacranes (Cuba), rebautizado por los monárquicos con el nombre de Alfonso XII, vegeta un *parroquidermo* belicoso que, allá en los buenos tiempos de los *separatistas* anduvo por los montes capitaneando una partida como cualquier cabecilla peninsular.

Este prójimo, dicen que es algo arrimado á la cola (dicho sea sin adulación), y cada lunes y cada martes comete alguna atrocidad.

La más fresquita que cuentan es la siguiente:

Una mujer de color, feligresa suya, enfermó, y su familia solicitó del *cuervo* los últimos auxilios espirituales; pero éste, que por lo visto no tenía ganas de molestarse en cosas que no habían de producirle ni un centavo, escurrió el bulto pretextando que la enferma no estaba casada canónicamente, y se largó al inmediato pueblo de Bolondrón á correrse una *juerga* mística con pretexto de la festividad del Santo Patrono.

Falleció la desdichada enferma, y el *curiana* se negó á que se la enterrase en el cementerio, verificándose el sepelio de la manera más inhumana fuera del recinto destinado á dar honrosa sepultura á todos los vecinos.

Los parientes de la finada han promovido una marejada tremenda, y parece ser que el *clerisno*, arrepentido ó amonestado por sus superiores, ha ofrecido veinticinco pesos (oro) porque la familia consienta en la exhumación del cadáver para darle sepultura en el cementerio, pretensión á que se oponen terminantemente los deudos de la difunta.

Así es que el *curaza* está que trina, y se tira de los pelos diciendo para su sotana:

Con el dichoso asunto de la mulata, á mí sí que me van á poner negro.

Ahora que Mr. Cumberland había alcanzado una reputación europea por medio de su don adivinatorio, le ha salido un rival temible por tres conceptos: por ser neo, y á más de neo cura, y á más de cura jesuita.

Este prójimo, desde hace algunos años, ha venido adecuando su oído para percibir todas las sensaciones sonoras, de tal modo que distingue perfectamente la voz de una beata jovencita y amable de la de una vieja pelma y fastidiosa, el sonido de una moneda de cinco duros y el de un perro grande falso.

Ahora, por medio de un aparato que se pone en el pabellón de la oreja, hace la mar de habilidades, entre ellas la siguiente:

Colócase á dos metros de distancia y vuelto de espalda á una persona que está escribiendo, para no ver el movimiento de la mano.

Empieza el experimento: el que escribe lo hace á estilo de cura, es decir, pone cualquier tontería, y el jesuita, que oye el ruido de los movimientos de la pluma sobre el papel, va diciendo en voz alta lo que el otro escribe y piensa.

Yo no sé cómo se apañan estos jesuitas: en todo tienen notabilidades, según dicen: buenos geógrafos, buenos matemáticos y buenos cocineros... esto sobre todo.

Hasta ahora no ha despuntado ninguno por la tauromaquia, pero todo se andará.

Conste que me refiero al toreo profano; que en el religioso todos son maestros consumadísimos, y, parapetados en el burladero de los chismes, trabajan al pelo, ganando á veces en una corrida más que *Lagartijo* en una temporada.

No es flojo el chaparrón de preguntas que me suelta una suscritora de Madrid, despreocupada y lista como la que más.

Que si conozco á un tal Juanillo, *curiana* de profesión, que se trabaja el puchero en uno de los oratorios de esta corte, el cual presbítero tiene una ama llamada Isabelita, destinada á dar en breve fruto de bendición, si el tiempo no malogra la simiente...

Que si sé por qué el *pater* se chupó quince días en el *abanico*; que si estoy enterado de una excursión que hizo á América, donde se llevó una andaluza de buen ver, teniendo la desgracia de que un superior suyo se enamorase de ella y se la *birlase* á las primeras de cambio...

Que si sé por qué ahora está tan *chiflado* con su Isabelita, á pesar de ser algo vieja, aunque bien pintada. Que si...

¡Pero, señora! ¡Y yo qué sé de todas esas cosas! Si no supiera el poco afecto que tiene usted á la gente negra, cualquiera diría que se interesa usted demasiado por la vida íntima del enamorado andariago y *ex-enchiquerado* presbítero.

Hay gallegos que se jactan de serlo á mucha honra; pero lo que es *Santiagoño*, *curiana* que fala la misa en San Antonio de Cádiz, ni á tiros quiere confesarlo, aunque al pobrecito se le conoce en cuanto suelta la *muí*.

Hace días llegó vestido de pecador á un refino en el momento en que iban á cerrar el establecimiento, pidiendo una pastilla de *gabón* y una *caga* de betún.

—¿Tú eres *farruquño*?—le dijo un dependiente, tomándole por un criado.

—Soy un... ¡tabaco!—contestó el *clerimico* hecho un demonio.

—¡Vamos, hombre, no te enfades!—intervino el principal.—Despáchele usted, y...

—No... no...—objetó el *sotana*.—Ni quiero pastilla de *gabón*, ni *caga* de betún. ¡Al... tabaco!

Y, largando por aquella boca sapos y culebras, se fué, temiendo no le pusieran el cuerpo como el cordobán.

Más vergüenza debiera darle ser holgazán de oficio, que pertenecer á un país donde el pan que se come se gana á fuerza de duro trabajo.



## Rompecabezas:

¿Quién será el obispo á que se refiere un prójimo que me escribe más furioso que un basilisco, y que por la dulzura de su estilo parece ser un cura como una loma?

Y dice el tal, resentido acaso por alguna trastada que le han hecho sus superiores:

«Este obispo llama á examen á todos sus súbditos, así sean más viejos que Matusalém y que lleven medio siglo ejerciendo el cargo sacerdotal, y como se le ponga en la mitra dejarlos sin comer, lo hace con la mayor frescura, la mayor caridad y el más sublime amor *fratelli*.

«No hace mucho que una autoridad eclesiástica de esta población tenía una lista de diez y nueve curas suspensos, es decir, sitiados por hambre, que andaban á la cuarta pregunta, no siendo admitidos á celebrar en ninguna parroquia, porque al párroco que, comprendiendo la injusticia, los admitía, se le declaraba una guerra santa de exterminio...»

Y prosigue el comunicante en párrafos crudísimos, que no reproduzco, porque, aun suponiendo que todo sea cierto, allá se las hayan el pastor y sus ovejas, que á mí me tienen esas cosas sin cuidado.

Cuando un can muerde á otro can,  
Sus motivos mediarán.

Los desinteresados y humildes hijos de Loyola han tendido en Talavera de la Reina sus redes para pescar incautos, sin omitir medio para halagarlos y traerlos á su devoción.

Trataron primero, según nos dicen, de crearse aliados y auxiliares entre los sirvientes de ambos sexos, y establecieron unas conferencias los domingos; pero éstos comprendieron lo que se les quería enseñar y dejaron prudentemente de asistir á ellas, temiendo, sin duda, que les pasara lo que dicen que le sucede al que anda entre lobos.

Viendo que lo de las conferencias no daba chispas, trataron de atraerse á los jóvenes y las mujeres con rifas de pañuelos y cortes de vestido, y por fin han apelado á la música y comprado instrumentos para organizar una mística charanga que sirva de reclamo para cazar prosélitos.

A pesar de todo lo cual no logran vencer la resistencia de los talaveranos, dispuestos, según parece, á responder á las de su orquesta con una buena tocata, para mostrarse una vez agradecidos.

Por noticias comunicadas en cartas fechadas en la localidad, y en las que se nos suministraban datos de una serie de actos que, á ser ciertos, merecían figurar en esta sección moralizadora, publicamos en el *Suplemento* al núm. 45 del año pasado un extenso suelto que titulabamos *Fuga clerical*, alusivo al párroco de Guía (Gran Canaria), Sr. Matamala, suelto á que nos hemos referido en otro inserto en el *Suplemento* al núm. 1.º de este año.

Recientemente hemos recibido una carta de apreciables correligionarios nuestros de aquella localidad, en la que aseguran que el Sr. Matamala es una persona digna, que cumple con todos sus deberes, y muy apreciada en la población.

Y como nuestro objeto es sacar á la vergüenza pública la desmoralización y el vicio, y jamás, á sabiendas, nos hacemos eco de noticias falsas, hacemos esta rectificación, con tanto más gusto, cuanto que son raras las ocasiones que nos dan los presbíteros para mostrar nuestra imparcialidad y buena fe.

Dícese, y con razón, que los rebuznos no llegan al cielo, pero es indudable que encuentran eco entre los burros, y eso ha pasado en Asturias con las predicaciones de los jesuitas.

Las del Padre Gil, según *La Verdad* de Oviedo, han traído cola, pues los carcatólicos arrimados á ella, cometen cada barbaridad que canta el Credo.

Días atrás, y cuando regresaba de Gijón á Avilés una comparsa de jóvenes titulada *Caballeros del Amor*, viéronse acometidos por multitud de aldeanos de Logreza y Tamón que, garrote en mano y armados de piedras, pretendían resucitar las escenas salvajes que el año pasado ocurrieron en la primera de las poblaciones citadas en época de misiones.

Ya sé por quién decía el obispo de Zamora que se pretendía convertir á España en un país de zulú.

Debió ser por los misioneros que con sus predicaciones estúpidas alientan á los fanáticos á cometer esos actos de salvajismo.

De *El Eco Posibilista* de Manresa:

«Una persona que tiene enfermos en su casa nos ha hecho observar la extraña ridiculez que pasa en esta ciudad desde el primer día de Cuaresma.

«Como no podían creer tanta hipocresía como en esta ciudad reina, no se habían provisto de carne el último día de Carnaval, y el miércoles no encontraron para poder hacer caldo á los enfermos.»

Porque no la buscaron bien; seguramente que los pobrecitos frailes, que acaparan cuantas gallinas, jamones y corderos existen en la comarca, pagándolos con oraciones, los hubieran generosamente cedido para los enfermos, pues conocida es su caridad evangélica.

Aunque mejor sería, para que no ocurrieran tales casos, suprimir los frailes, que fomentan la hipocresía.

¡Milagro! ¡milagro! Pero esto es un secreto que se ha de quedar entre mis lectores y yo.

Al *curiano* de un concejo de Asturias (muy próximo á Bimenes), algún malévolo, resentido tal vez por las compras que, valiéndose de la necesidad de los pobres aldeanos, realiza, le disparó un tiro, con tan mala suerte, que el proyectil rechazó en la sien izquierda del presbítero, sin causarle deterioro en la calabaza.

No faltarán incrédulos que nieguen el hecho milagroso, atribuyéndolo unos á que el disparo se hizo á mucha distancia y el proyectil llegó frío; otros, á que la pólvora sería de mala calidad.

Pero nadie podrá negar dos cosas:

Primera. Que Dios ha protegido al presbítero.

Y segunda. Que éste tiene la cabeza más dura que un pedernal.

Ferreiro, el de Monforte, está como chico con zapatos nuevos.

Como él tiene tan poco de lo que le sobraba á Salomón, y ni aun para decir tonterías desde el púlpito sirve, ha solicitado del obispo que le envíe misioneros jesuitas, y éste se los ha remitido.

Las beatas están que bailan de alegría, y las personas ilustradas esperan ver con dolor esos *cuervos* que van á hacer su pacotilla á costa de los incautos.

Por una coincidencia extraña, siempre que van misioneros á Monforte se pone el púlpito en el mismo lugar en que se ejecutó la pena de muerte en cinco individuos, hace años.

Y dirán los *cuervos* de Monforte cuando ofrezcan el púlpito á los trashumantes:

—Aquí tenéis el tablado, allí las víctimas; duro y á ellas.

A una tal Rosario, gran visitadora de sacristías y amiga de mangonear en las sociedades de *caridad* católica, y que debe vivir en la feligresía de San José, ruegola me diga qué escrúpulos de conciencia tiene para dejar de socorrer á una pobre portera de una calle inmediata á la plaza de Bilbao, pretextando que en uno de los pisos viven ciertas inquilinas que no la satisfacen.

No me parece muy caritativo eso de fiscalizar la vida de los vecinos del pobre á quien se debe socorrer.

Verdad es que desconozco la caridad al uso de la beatería.

Me dicen que los *cuervos* de Orihuela, no contentos con hacer de cada confesonario un banderín de enganche para la milicia femenina de Cristo, han destacado varias individuos que se dedican á reclutar jóvenes entre sus relaciones, con destino á los conventos, ganándose su corretaje, ni más ni menos que el *gancho* que se ocupa en llevar incautos á una *timba* para que allí los desplumen.

Me dicen que se repiten con frecuencia estos casos de *tercería* mística, y se repetirán

hasta que los padres, hartos de esta seducción rastrera, no pesquen una *tercera* y la dividan en cuartos.

## SERVICIO TELEGRÁFICO

Barcelona. — Ayuntamiento destina cinco mil pesetas para restauración iglesia San Francisco de Paula.

—No lo creo; porque, además de tener Barcelona muchos obreros enfermos ó sin trabajo, con motivo de la última gran nevada carecía la corporación municipal de recursos para hacer limpiar con prontitud la vía pública. No habiendo podido entonces dar trabajo á muchos braceros, y al mismo tiempo cumplir con un deber que la cultura de la población impone, es de suponer que no tenga fondos para derrocharlos en restauraciones de iglesias.

Ribadavia. — Cuervo Castro, después sacrificio misa y paciencia oyentes, cuéclase puerta falsa antiguo castillo, precedido señora guapota.

—¿Esas tenemos?... digo, ¿ésas tiene Castro?

Monforte, 23. — Nos preparan *gaudeamus* con motivo llegada jesuitas. Personas ilustradas compran cencerros abundancia. ¿Sabe objeto?

—Supongo que dichos cencerros los comprarán para

divertirse repicándolos, ó para aplicárselos á ciertos animales de la raza bovina.

Idem, 24. — Acaban llegar misioneros; persona interesada desengañar incautos, ha repartido abundancia hoja, explicando fechorías *ignacianas*. Temen tomen olivo.

—¡Boca de ángel tenga usted!

## CONSULTOR DE FELIGRESES

Segovia. — ¿Sabe Vd. en qué puede fundarse la autoridad para prohibir vocear el título del periódico *La Tempestad* publicado al amparo ley, multando á los vendedores en cinco Alfonso?

—Pues se funda en mil quinientas razones: La primera, en que le da la gana, y... dicha ésta, sobran las otras mil cuatrocientas noventa y nueve. Pues ¿qué se había creído usted?

## NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acaba de poner á la venta la conocida casa editorial de esta Corte C. Bailly-Baillière, el *Anuario del Comercio*, ó *Directorio de las 400.000 señas*, para 1887.

El *Anuario del Comercio para 1887* contiene infinidad de datos nuevos y de gran interés, y es un libro indispensable á todo el que se ocupe de negocios.

He aquí las partes en que se encuentra dividido:—1.º *Parte oficial*: La Familia Real, Ministerios, Cuerpo diplomático, Consejo de Estado, Senado, Congreso, Academias, Universidades, Institutos, etc.—2.º *Indicador de Madrid*, por apellidos, profesiones, comercio é industria, y calles.—3.º *España*, por provincias, partidos judiciales, ciudades, villas ó lugares, incluyendo en cada uno: 1.º, una descripción geográfica, histórica y estadística, con indicación de carterías, estaciones de ferrocarriles, telégrafos, ferias, establecimientos de baños, círculos, etc.; 2.º, la parte oficial, y 3.º, las profesiones, comercio é industrias.—4.º *Aranceles de Aduanas* de la Península, ordenados especialmente para esta publicación.—5.º *Cuba, Puerto-Rico é Islas Filipinas*, con sus administraciones, comercio, industria y Aranceles respectivos.—6.º *Estados Hispano-Americanos*, divididos en: *América Central*.—Guatemala, con sus Aranceles; *Costa-Rica*, *Honduras*, *Nicaragua*, *República Dominicana* y *San Salvador*.—*América del Norte*.—Méjico, con sus Aranceles.—*América del Sur*.—Bolívia, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, República Argentina, Uruguay, Venezuela, con sus Aranceles, y *Curaçao*, con sus Aranceles.—7.º *Reino de Portugal y sus colonias*, con sus Aranceles.—8.º *Sección extranjera*.—9.º *Sección de anuncios*, con índices.—10. Índice general de todas las materias que contiene el *Anuario*. Este índice está redactado en español, francés, alemán, inglés y portugués.—11. Índice geográfico de España, Ultramar, Estados Hispano-Americanos y Portugal.

El *Anuario para 1887* forma un grueso volumen, encartonado en tela, de más de 2.500 páginas, y su precio es el de veinte pesetas en Madrid, ocho pesos treinta centavos en Cuba y Puerto-Rico y ocho pesos en los Estados Hispano-Americanos.

Los conocidos editores Sres. Almiñana y Oarrichena, de Alicante, han publicado un libro titulado *Gula general de las provincias de Alicante y Murcia*, y *Crónica-Indicador de Alcoy*.

Contiene una reseña descriptiva de cada una de las principales poblaciones de las referidas provincias y de Alcoy, noticias útiles de los establecimientos oficiales, índice alfabético de nombres y domicilio de las autoridades, industriales, propietarios y comerciantes, etc., etcétera.

Forma un abultado volumen en 4.º, encuadernado en cartón, y se vende al precio de diez pesetas en la casa editorial, Méndez Núñez, 7, Alicante, Mayor, 1, y San Fernando, 36.

En el resto de España, en las principales librerías.

## LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

## LIBROS DE LA BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Suá. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

MADRID: 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY  
4—Plaza del Dos de Mayo—4